

mayor, el coronel Robert, el cual se la entregó al general Faure, jefe de Estado mayor general, quien exclamó: «No, yo no firmo esto.» En cuanto á Lebrun, salió de la subprefectura, seguido de un sargento que llevaba en la punta de una lanza un guión blanco; delante de Balán encontró á Wimpffen, que á las primeras palabras le interrumpió vehementemente diciéndole: «No quiero capitulación; quiero que continúe la lucha. ¡Fuera la bandera blanca!» Y mandó arrancar el guión.

Nada se podía salvar ya, pero se podía morir. Todavía en aquellas desesperadas circunstancias realizáronse dos tentativas para abrirse paso, una por el lado de Balán y otra por el de Cazal. Dirigió la primera Wimpffen que, como hemos visto, había conseguido conservar en Balán algunos de sus batallones: después de haber hecho quitar el guión blanco, volvió á entrar en la ciudad, avanzó hasta la plaza de Turenne y arengó á los soldados apelotonados en las calles prodigándoles las exhortaciones y llamándolos á la defensa de la bandera. Junto á él, sus oficiales repetían: «¡Llega Bazaine, llega Bazaine!» A cosa de las cuatro, los tambores dieron el toque de carga y al oírlo se juntaron de 1.000 á 1.200 hombres; de todos los cuerpos y de todos los regimientos, emprendiéndose en seguida la marcha. Fuera de la ciudad, el general en jefe encontró nuevamente á Lebrun, el cual se unió á aquellas fuerzas, aunque sin confianza alguna, y aún las aumentó con varios destacamentos. Aquellas escasas tropas avanzaron en bastante buen orden y en actitud muy resuelta; pero cuando hubieron recorrido algunos centenares de metros fueron acribilladas por la fusilería y sobre todo aplastadas por la artillería que, desde las colinas del Givonne y desde las de Aillicourt, concentró sobre ellas todos sus fuegos. Introdujose el desorden en las filas; muchos se desbandaron buscando un abrigo detrás de las casas de Balán, y el mismo Wimpffen se sintió desalentado y exclamó tristemente: «Veo que ya nada hay que hacer.» Ayudado por Lebrun, reunió lo mejor que pudo sus hombres y se replegó disparando los soldados contra los bávaros que se aproximaban. Cerca de la entrada de la ciudad sonaron las trompetas para llamar á los que se habían rezagado; después de lo cual los restos de la columna pasaron la puerta, alzando luego el puente levadizo.

La segunda tentativa realizada, no ya al Sudeste, sino al Noroeste de Sedán, no fué más que la proeza gloriosa de unos cuantos jinetes resueltos á perecer. Cuando los coraceros del general Bonnemains se retiraban hacia la plaza, un escuadrón del 1.º regimiento se encontró de pronto separado del resto de la división por la oleada de los fugitivos. Mandaba aquella pequeña fuerza el comandante d'Alincourt, el cual propuso que se abrieran paso al través del enemigo; oficiales y soldados aprobaron la idea y algunos voluntarios sueltos se unieron á la tropa audaz. El comandante d'Alincourt se puso al frente de la columna; detrás de él se colocaron los oficiales, ocho de coraceros, uno de Estado mayor y además un superintendente de administración militar, y en pos de ellos todo el escuadrón. Primero marcharon al paso, pero cuando en el arrabal de Cazal divisaron á los prusianos, lanzáronse contra ellos en una carrera desenfundada. Lo repentino del ataque provocó una sorpresa llena de pavor; los primeros que in-

tentaron resistir el choque fueron derribados, acuchillados, pisoteados; pero casi inmediatamente dióse la voz de alarma y en el extremo de la calle varios carros atravesados contuvieron el ímpetu de aquellos jinetes; y habiendo éstos tratado de salvar aquel obstáculo, un fuego terrible, que les hacían desde las casas, derribó unos encima de otros á los hombres y los caballos. El enemigo concentró su tiro sobre aquel amontonamiento, y si bien algunos lograron proseguir su camino, no tardaron en sucumbir bajo la fusilería. Dos oficiales, el capitán Mangón de la Lande y el teniente Theribout, fueron muertos; otros cuatro quedaron heridos, y las tres cuartas partes de los soldados fueron alcanzados por las balas enemigas. Los últimos que sucumbieron, cayeron en la carretera de Floing; en la pared de una capilla que allí existe fijóse una lápida conmemorativa, en la cual se recuerda que en aquellos sitios «fué muerto el capitán Mangón de la Lande con varios coraceros en la carga del 2.º escuadrón del 1.º regimiento, el día 1.º de septiembre de 1870.» Y esta inscripción tan incompleta y apenas conocida por los habitantes de Sedán (pues me costó algún trabajo descubrirla) es lo único que conmemora aquella heroica acción.

En la ciudad habíanse acumulado todos los horrores que puede encerrar la guerra. La lucha había cesado, pero no la destrucción: en las vecinas alturas 400 bocas de fuego disparaban; los muros caían, los incendios se multiplicaban, y las granadas proyectaban sus cascotes en medio de las masas desatinadas que se estrujaban en las puertas ó se aplastaban en las calles. Dos generales perecieron, Guyot de Lespard y Girard, el uno al pie de la estatua de Turenne y el otro no lejos de allí. La indescriptible aglomeración agravaba el peligro haciendo casi imposible toda circulación, hasta el punto de que los oficiales de órdenes tenían que abrirse paso espada en mano y nadie podía moverse sino arrastrándose por debajo de los carros ó escurriéndose por entre las piernas de los caballos. Aumentaban el horror los gritos de aquellos á quienes la multitud pisoteaba con ese egoísmo feroz que nace del exceso del miedo; las ambulancias estaban llenas y no se sabía dónde instalar á los heridos de la batalla que hacían cola para ser operados y cuyos sufrimientos abreviaron más de una vez las granadas dándoles muerte. Los soldados, poseídos de terror y muchos de ellos sin fusiles y sin mochilas, se refugiaban en desorden en las casas, bajo los cobertizos, en las bodegas, y aun los más intrépidos, cansados de todo incluso del valor, no tenían otra preocupación que la de conservar la vida. Algunos, sea por bajeza de alma, ó por el ansia de tomar el desquite contra la disciplina, ó por exasperación de la derrota, insultaban á los generales, les amenazaban con los puños y hablaban á gritos de traición. En el entretanto, el enemigo se aproximaba: al Este, los bávaros del I.º cuerpo llegaban á la puerta de Balan; al Oeste, los del II.º cuerpo tocaban ya á la de Torcy; para alejarlos, la artillería de la plaza disparaba contra ellos, pero sus detonaciones eran ahogadas por el estrépito del cañoneo enemigo, como los últimos gritos de un buque en peligro se pierden entre los rugidos de una tempestad implacable.

El emperador presenciaba esta agonía desde la subprefectura. Ni Ducrot ni Lebrun volvían, y en cuanto á Wimpffen, nadie le había visto. No explicándose

esas tardanzas y desesperado de aquella carnicería, Napoleón interrogaba ansiosamente á sus oficiales, se informaba de los medios que podrían poner término á la lucha y buscaba por todas partes quién quisiera firmar la petición de armisticio. Mientras se consumía en estas agitaciones, fueron á pedir asilo para un herido, pues todas las ambulancias estaban llenas: aquel herido era el general Margueritte, y el emperador, olvidándose por un instante de sus propios cuidados para ocuparse de aquel glorioso militar, le visitó, sentóse junto al lecho en donde le habían instalado y le expresó los votos que hacía por su curación. El general alzó los ojos al cielo, y como no podía hablar, escribió con lápiz estas palabras: «Señor, yo nada significo; pero ¡Francia, Francia!»

Aquella Francia cuyo nombre trazaba Margueritte con mano moribunda, estaba próxima al inevitable, al supremo infortunio. El valor de asumir la humillación había de ser más grande que el de morir, y Napoleón, que había abdicado en París el poder político y en Metz la autoridad militar, quiso volver á ser el soberano para beber el primero la amarga copa. Hacía una hora que esperaba á los oficiales á quienes enviara en busca de Wimpffen, cuando en esto llegaron el coronel de Bronsart y el capitán de Winterfeld procedentes del cuartel general prusiano y encargados de intimar la rendición de la plaza. Napoleón dió la respuesta y la dió por medio de la carta que el universo conoce y que Prusia conserva. Aquella carta, trazada con mano firme y en la letra fina en él habitual y hasta más legible que de ordinario, á juzgar por el facsímile, contenía estas solas palabras:

«Mi señor hermano:

»No habiendo podido morir al frente de mis tropas, no me queda más recurso que entregar mi espada en manos de Vuestra Majestad.

»Soy de Vuestra Majestad buen hermano

NAPOLÉON.»



Mourir en son lieu

N'ayant pas pu mourir
en milieu de mes troupes
il m'est resté qu'à remettre
mon épée entre les mains de
Votre Majesté

Je suis de votre Majesté!
Le bon frère

Napoléon

Sedan le 7 Sept. 1870

Facsímile de la carta dirigida por el emperador Napoleón III al rey Guillermo después de la batalla de Sedán

XI

El rey había permanecido todo el día en la colina de la Marfée, desde donde había visto cómo el círculo se extendía y se cerraba y cómo la masa de sus tropas se aproximaban á la ciudad y la cercaban. El estado mayor alemán había juzgado que el mejor medio de abreviar la lucha y por ende de economizar la sangre, había de ser activar el tiro á fin de precipitar la capitulación; así, por estas razones de humanidad, pero de humanidad esencialmente prusiana, toda la artillería disponible en la orilla izquierda del Mosa había hecho converger sus proyectiles sobre la plaza, produciéndose con ello

los incendios y aumentándose los estragos que hemos descrito. De pronto los que combatían más cerca de las puertas habían visto la bandera blanca, y por otra parte, con la retirada de los franceses en el interior de las murallas no quedaba ningún adversario contra quien luchar; entonces fueron enviados los parlamentarios.

Cuando regresaron, iban acompañados del general Reille, portador de la carta de Napoleón. Guillermo, según se afirma, ignoraba que el emperador estuviera en Sedán, pues creía que había partido para Mezieres. La noticia no dejó de impresionarle y se la hizo repetir como si le hubiese parecido poco creíble: el soberano francés prisionero significaba no sólo la victoria, sino acaso también el fin de la guerra. El rey contestó con el siguiente mensaje:

«Mi señor hermano:

»Lamentando las circunstancias en que volvemos á encontrarnos, acepto la espada de Vuestra Majestad y os ruego que os sirváis nombrar á uno de vuestros oficiales provisto de vuestros plenos poderes á fin de tratar de la capitulación del ejército que tan valientemente se ha batido á vuestras órdenes. Por mi parte, desig-no á este efecto al general de Moltke.

»Soy de Vuestra Majestad buen hermano

GUILLERMO.»

¿Quién sería el oficial provisto de esos «plenos poderes?» La misión incumbía, al parecer, al comandante en jefe, Wimpffen, que, después de su última tentativa, había regresado al hotel de la *Cruz de Oro* y por un singular desfallecimiento había enviado desde allí su dimisión al emperador. Este se dirigió entonces á Ducrot, el cual respondió con aspereza: «Puesto que Wimpffen ha reclamado esta mañana el mando, que lo conserve.» Douay, á quien se pidió que asumiera el cargo, primero lo aceptó, pero luego lo rehusó, no queriendo unir su nombre á la gran vergüenza. Desairado por todos, el soberano recurrió nuevamente á Wimpffen, y en una carta apremiante, suplicante casi, le demostró que no podía eludir el mandato y le hizo vislumbrar la esperanza de obtener condiciones menos desastrosas. El general se presentó en la subprefectura, al pronto con ánimo de quejarse, y sostuvo con Ducrot un altercado violento; pero luego se calmó y resignóse á cumplir la misión que se le encargaba, partiendo á las ocho y media para encontrarse en Donchery con los plenipotenciarios alemanes. Acompañábanle el general Faure, jefe de estado mayor, algunos oficiales y el general Castelnau que representaba especialmente al emperador.

Mientras los franceses realizaban el doloroso viaje, Moltke y Bismarck discutían el pro y el contra de la clemencia y de la dureza, mas como la victoria no les cogía desprevenidos, sin hablar mucho estuvieron de acuerdo. Considerando que Francia no podría perdonar jamás la derrota, estimaban oportuno reducirla á la impotencia para tomar en mucho tiempo, quizás para siempre, el desquite; como no sería posible reducirla, era preciso abatirla, y de aquí el firme propósito de sacar todos los frutos del triunfo. Era menester, sin embargo, paliar el rigor y por esto se decidió darle un carácter de seguridad europea y, por decirlo así, de humanidad, para lo cual se diría en todos tonos que cuanto más hu-

millada quedase Francia, por tanto más tiempo estaría garantizada la paz. ¿Podría Alemania reprobar exigencias de las cuales saldría la perpetuidad de su reposo? En cuanto al rey, por moderado, por caballeresco que fuera, ¿no se dejaría convencer fácilmente cuando se le demostrara que su codicia sería prudencia, su ambición previsión, y que mostrándose implacable haría obra de pacificación y casi de virtud para los tiempos futuros?

Tales eran las disposiciones que habían de encontrar los comisionados franceses. La situación de Wimpffen era cruel y Moltke nada hizo para mitigar su amargura. Tenía el mariscal á su lado á Bismarck, al cuartel maestro general Podbielski y á siete ú ocho oficiales, uno de los cuales, cogiendo la pluma, disponíase á tomar notas de la conferencia. Cuando, después de las formalidades de costumbre, todos se hubieron sentado, el jefe de estado mayor alemán, con esa fría corrección que desalienta, esperó á que hablaran los vencidos. «Desearía, dijo Wimpffen, algo desconcertado por aquel silencio, conocer las condiciones que S. M. el rey de Prusia está dispuesto á otorgarnos.—Son muy sencillas, respondió Moltke; todo el ejército queda prisionero con armas y bagajes; á los oficiales se les dejarán las armas como testimonio de estima por su valor, pero serán prisioneros de guerra como la tropa.» Ante este ultimátum, Wimpffen protestó, y formulando un contraproyecto pidió que el ejército pudiera retirarse con armas y bagajes á un punto de Francia designado por Prusia ó á Argelia, con la sola condición de no volver á servir durante la guerra, invocando en su apoyo y á título de precedente las capitulaciones de Maguncia, de Génova y de Ulm. Entonces intervino en la discusión Bismarck: «Francia, dijo, ha declarado la guerra; Alemania desea el pronto restablecimiento de la paz y el mejor medio de asegurarla es privar á Francia de un ejército doblemente importante por lo que es en sí mismo y por los cuadros que puede proporcionar á los nuevos alistamientos. En su consecuencia, hemos resuelto que vuestras tropas sean conducidas á Alemania.» Bismarck gustaba de aparentar con sus adversarios un expansivo abandono, y lanzando una mirada al porvenir, dejó entrever las condiciones de la paz, á saber, que Alemania reclamaría la Alsacia y la Lorena y cuatro mil millones. «Queremos tener, añadió, nuestra garantía contra las hostilidades futuras en una buena frontera;» y luego, rehaciendo la historia á su manera, recordó todas las agresiones de Francia. Después de haberse expresado en estos términos, el primer ministro dulcificó un poco lo que aquel lenguaje tenía de mortificante, hablando del valor de los oficiales franceses y reprobando toda intención de herir el honor de sus adversarios: «Dejaréis las armas en los almacenes en donde nosotros mandaremos recogerlas y no habréis de someteros á ninguna de las formalidades de costumbre;» y aun dejó entender que los oficiales podrían obtener ciertas ventajas si se comprometían á no combatir y á no servir de instructores. Sea que este tono más conciliador le sugiriese la esperanza de conseguir alguna atenuación en las condiciones, sea que quisiera llevar hasta el fin su defensa, Wimpffen trató aún de discutir, invocando el horror de su situación y su fama militar irreprochable hasta entonces y ahora empañada; y en vista de que este alegato personal impresionaba poco, añadió con fingida con-



NEGOCIACIONES PARA LA CAPITULACIÓN DE SEDÁN. Cuadro de Antonio Werner

fianza: «Nuestro ejército no está tan abatido; todavía podemos llamarlo a las armas para una tentativa suprema.» Al oír estas palabras Moltke le interrumpió y con aplastante laconismo le dijo: «No tenéis víveres; no tenéis municiones; vuestro ejército está diezclado. Podéis examinar las posiciones alemanas; con nuestra artillería podemos aniquilarlos en dos horas.» Y en efecto, quinientos cañones apuntaban desde todas direcciones a Sedán.

Era inútil hablar más; un incidente, sin embargo, prolongó la conferencia. Castelnau, con voz vacilante, rompió el silencio diciendo: «Creo llegado el momento de transmitir un mensaje del emperador. El emperador me ha encargado que hiciera observar a Su Majestad que le había enviado su espada sin condiciones y se había entregado personalmente a su discreción, esperando, en cambio, que una confianza tan absoluta conmoviera al rey.» Bismarck, que había escuchado al general con gran atención, le preguntó: «¿Es todo cuanto tenéis que decir?» y habiendo hecho Castelnau un signo afirmativo, añadió: «¿Qué espada ha entregado Napoleón? ¿La espada de Francia ó la suya? Si es la espada de Francia, vuestro mensaje podría tener un carácter gravísimo.—Es solamente la espada del emperador,» contestó el general. Bismarck guardó silencio y permaneció impasible; en cambio, dícese que un rayo de alegría iluminó el glacial semblante de Moltke, el cual apresuró a decir: «Si es así, en nada cambian las condiciones;» y con acento de condescendencia, de esa condescendencia que se manifiesta con aquellos a quienes ya no se teme, añadió: «Respecto del emperador, obtendrá para su persona todo cuanto le plazca pedir.»

Dos horas hacía que duraba la conferencia, de la que aquí sólo referimos los incidentes principales. Franceses y alemanes se habían levantado; habíanse pedido ya los caballos, y sin embargo no se había convenido nada. Entre los que acababan de combatir frente a frente en el campo de batalla y que tal vez al otro día seguirían combatiéndose, reinaba un silencio más impresionante que cualquier ruido de palabras. «Reanudaremos la batalla, dijo al fin Wimpffen.—Sea, replicó Moltke; la tregua expira mañana a las cuatro, y a las cuatro romperé el fuego.» Bismarck intervino de nuevo en la discusión: «¡Ah, general!, dijo; tenéis soldados valientes, heroicos; nos habéis infligido y podéis todavía infligirnos grandes pérdidas, pero ¿de qué servirá esto? Toda ulterior resistencia sería una locura y de ello va a convencerse el Sr. de Moltke.» Los comisionados volvieron a sentarse. «Os afirmo de nuevo, dijo Moltke, que una tentativa para abrir brecha en nuestras líneas no puede prosperar. No conocéis la topografía de Sedán. En dos horas puedo abrasarlo todo.» Y en tono aún más rudo añadió: «A las cuatro de la mañana termina la tregua; no os concederé prórroga alguna.»

En la situación extrema en que el destino le había colocado, ¿podía, quería Wimpffen otra cosa que salvar las apariencias? Ante el lenguaje empleado por Moltke cedió y su única preocupación fué, al parecer, no eludir la inevitable capitulación, sino compartir con alguien el peso de la misma. Y sin hablar ya de reanudar la batalla, dijo: «Es preciso que consulte con mis colegas. Necesito un plazo.» Viendo que Moltke se negaba a ello, Bismarck díjole en voz baja algunas palabras que, se-

gún pudieron entender los oficiales franceses, significaban que el rey llegaría a las nueve y que era conveniente esperarle. «Os concedo hasta las nueve, dijo el general en jefe; pero este es el último límite.» Discutiéronse todavía algunos detalles y después se levantó la conferencia; Wimpffen montó a caballo y con su estado mayor regresó a Sedán.

XII

En Sedán transcurrió la noche entre los proyectos y los ensueños de aquellos que se rebelaban contra la idea de ser hechos prisioneros, y ante cuyos ojos desfilaba, como alucinación a la vez brillante y cruel, la imagen de las grandes cargas imperiales, de las grandes cabalgadas heroicas que en otro tiempo habían conquistado no sólo la salvación, sino también la victoria. Pero las almas se exaltaban con estos recuerdos, para caer de nuevo en un desaliento abrumador, porque todo lo que antes fué posible gracias al escaso alcance de las armas, resultaba quimérico enfrente del armamento prusiano, y ni siquiera podría contarse con el beneficio de la sorpresa, ya que el honor exigía denunciar previamente el armisticio. Moltke no había exagerado las fuerzas de que disponía: desde los puntos más elevados de la ciudad veíase distintamente la larga línea circular de los fuegos enemigos; la artillería estaba en posición, dispuesta a lanzar sus proyectiles; las guardias principales estaban sobre las armas, pendientes de una vigilancia que la victoria no había debilitado, y cumplían hasta el fin y con impasible tranquilidad su tarea regular, metódica, implacable. Detrás, descansaba el inmenso ejército, más de 200.000 hombres, fuerza real, efectiva, en la que no estaban incluidos los no combatientes: durante largo rato habían resonado los *lieds* piadosos y patrióticos, expresión de alegría profunda, grave, concentrada; pero ahora todos dormían acariciando en sueños no triunfos nuevos, sino la visión de la familia a quien volvían a ver, de la guerra que había terminado. Mas precisamente porque los vencedores, salvo los prusianos de la vieja Prusia, eran militares por ocasión más bien que por naturaleza, precisamente porque deseaban con pasión la paz, se prestarían a todo antes que dejar escapar el supremo triunfo que les aseguraría el regreso al hogar.

Amaneció. El emperador no podía convencerse de que se mostrasen implacables hasta el fin aquellos que tan lisonjeras palabras le habían prodigado, así es que mandó preparar sus coches y a las seis salió de Sedán por el arrabal de Torcy para avistarse con el rey Guillermo. A la puerta de la ciudad algunos zuaivos gritaron «¡viva el emperador!» Otros, en cambio, algo más lejos, amenazaban con los puños. Cuando el coche imperial corría por la calzada de Mezieres, Bismarck, que se había alojado en Donchery y a quien acababa de avisar el general Reille, salió a recibirlo y a algunos centenares de metros antes de Donchery encontró al soberano. Uno y otro se apearon y entraron en una casa de tejedor situada a la izquierda del camino y que estaba vacía por haberla abandonado sus moradores. Había allí una mesa y algunas sillas; sentáronse, y Napoleón, que no había vuelto a ver a Bismarck desde los esplendores de la Exposición, trató con timidez, pues se sentía virtualmente destronado, de sondear el alma del canciller.